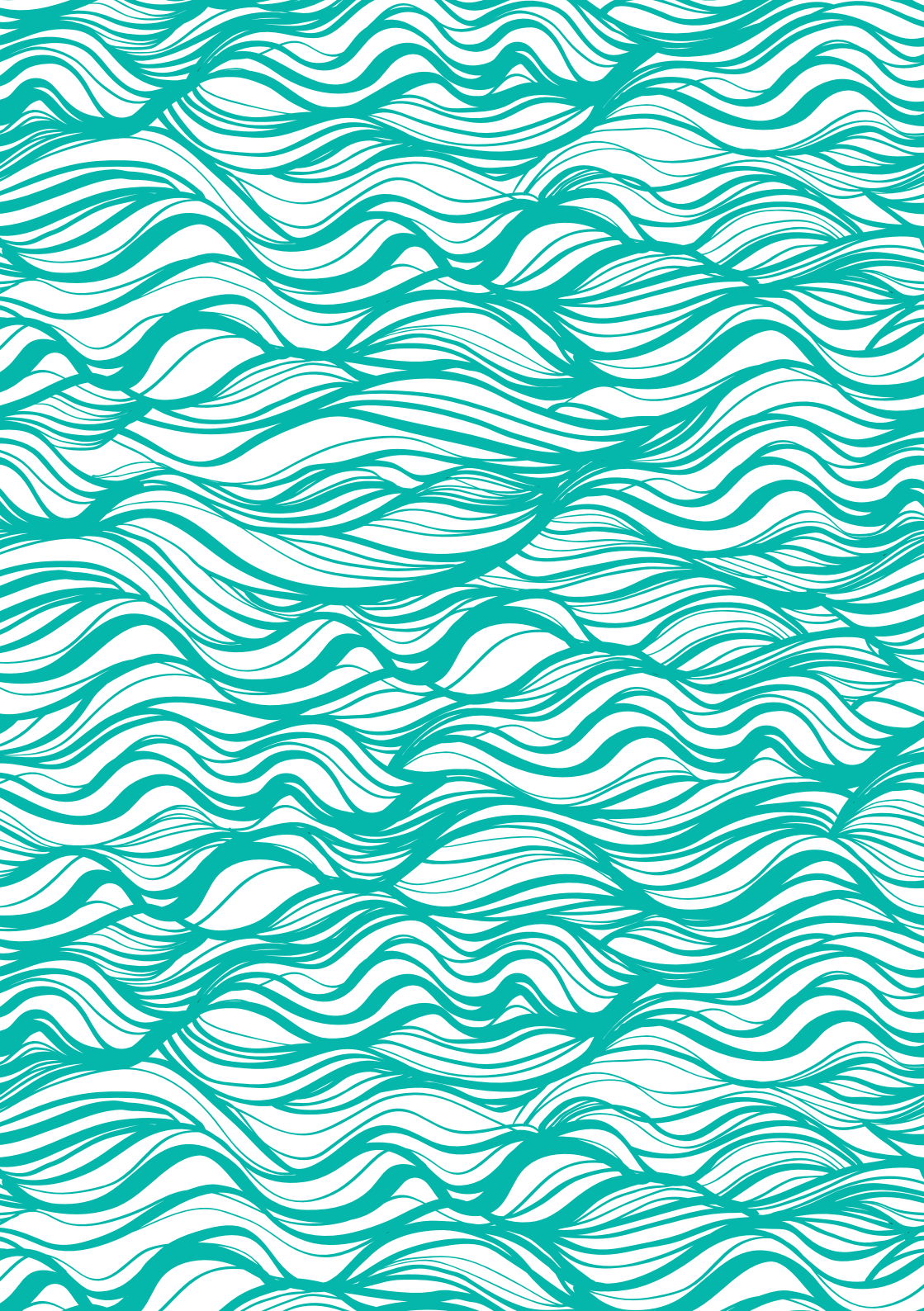




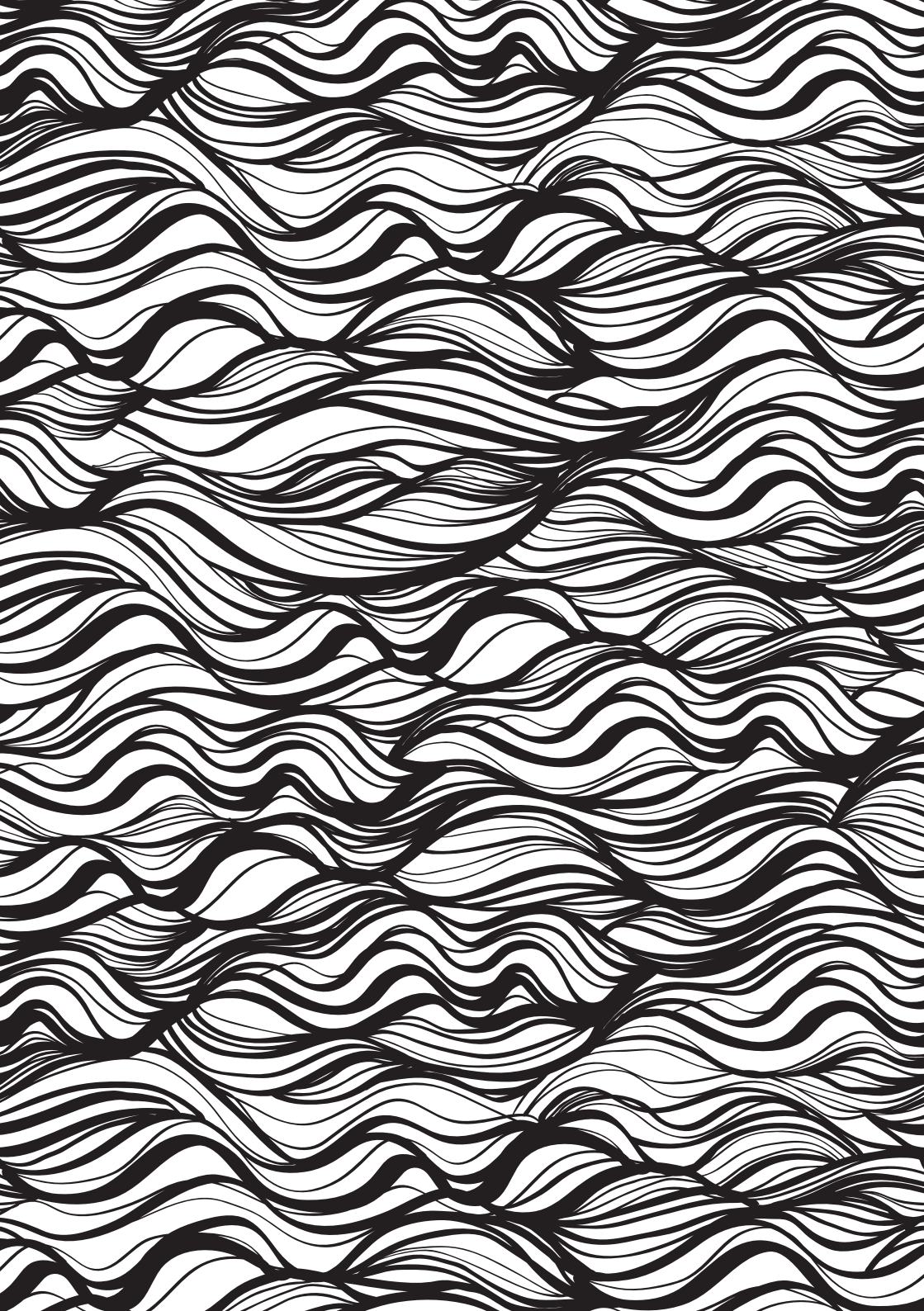
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES



TALENTOS UNIVERSITARIOS









UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES



TALENTOS UNIVERSITARIOS

Talentos Universitarios

Primera edición 2018

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria, C.P. 20131
Aguascalientes, Ags.

D.R. © Carlos Rocha Guitérrez
Aldo Barucq Muro Santoyo
Laura Guadalupe Martínez Plaza
Esteban Castorena Domínguez
Mayra Patricia Dávila Herrera
Elsa Nidia Mauricio Balbuena

ISBN 978-607-8523-97-9

Hecho en México / *Made in Mexico*



ÍNDICE

La elección de un hombre fatuo 9

Carlos Rocha Guitérrez

El hombre que inventó la lógica 15

Aldo Barucq Muro Santoyo

La magia de un nuevo amigo 21

Laura Guadalupe Martínez Plaza

Canto siamés 29

Esteban Castorena Domínguez

La caída de la jacaranda 31

Mayra Patricia Dávila Herrera

Un hombre que es feliz 37

Elsa Nidia Mauricio Balbuena



La elección de un hombre fatuo

Carlos Rocha Gutiérrez

*Las hogueras consagran el patrullar nocturno,
la sibilina ronda de la muerte en acecho.
La más antigua máscara trenza y destrenza el baile.*

Pere Gimferrer

Si usted me preguntara si me siento culpable, respondería que, en realidad, me siento despechada. Lo admito. Sí, vivimos juntos veintiocho años, pero teníamos seis meses separados. Imagine mi sorpresa cuando leí una nota en la cual mencionaban que mi esposo, el doctor Arturo Almaraz, reputado investigador en culturas antiguas e historia de las religiones, se había inmolado en la plaza pública. Primero no lo creí. Luego, amigos y familiares comenzaron a buscarme. Hace ya tiempo que no tengo televisión, pero me dijeron que hablaban de él y mencionaban cosas muy íntimas: que había abandonado su puesto en la universidad y me había

abandonado a mí. Incluso publicaron una fotografía mía de hace unos diez años.

Sí, señor reportero. Hablaron de cosas de su infancia: de cómo sus padres habían trabajado en el Ayuntamiento y habían muerto en un incendio. La mayoría de los medios de comunicación manejaron la muerte de mi esposo como una protesta política: unos han hablado de la situación del país, algunos otros de la corrupción en los sistemas educativos. Hasta me han dicho que hay entrevistas con “expertos” que hablan sobre el quemarse a lo bonzo y sus implicaciones éticas y sociales. Bueno, usted lo debe saber mejor que yo.

Pero yo no entiendo qué relación ven entre la muerte de mi esposo y la de aquel monje vietnamita que se inmoló como protesta ante su gobierno. O con la del autor de *Quiere morir por algo*. Si mi esposo decidió quitarse la vida, estoy segura que lo hizo por amor propio. Y lo creo así, después de mucho reflexionar. Yo conozco a Arturo, yo sé la verdadera razón. Y se lo cuento a usted para que se los diga a todos, para que la gente se olvide de sus teorías conspiracionales y entiendan la muerte de mi esposo como lo que realmente fue.

Estudió por muchos años las culturas antiguas. Le interesaban los ciclos astronómicos, las maneras de entender el tiempo en diferentes civilizaciones, los ritos de la vida y la muerte. Comenzó una colección de objetos relacionados con el tiempo: relojes, cuadrantes astronómicos, calendarios de agua, solares, lunares; astrolabios, clepsidras, pesas, balanzas, relojes de arena. Leyó mucho sobre sumerios, egipcios, mayas, babilónicos, mesopotámicos, chinos y japoneses, tratando de entender la esencia de la medición del tiempo; todas las civilizaciones antiguas lo apasionaban, pero su mayor objeto de admiración siempre fueron los griegos.



¿Quiere que le sirva más café? ¿No?, bueno. Nos casamos cuando él acababa de publicar su famoso ensayo sobre Cronos y el tiempo del no-tiempo: en él hablaba sobre aquel dios y cómo durante su reinado el tiempo paradójicamente no transcurría. Él decía que el fin del reino de Cronos fue lo peor que pudo haber sucedido porque, a su muerte, a manos de su hijo, se habían instalado el pasado, el presente y el futuro.

Por supuesto, vivió una vida difícil, pero siempre buscó superarse. El día en que me pidió matrimonio, en vez de darme un anillo, me dio un reloj de pulsera con pequeñas incrustaciones de zafiro. Romántico, medio soso, pero romántico al fin. Era un hombre apasionante, lleno de ambición, siempre en búsqueda de preguntas; pero siempre tuvo la misma obsesión: el transcurrir. Viví por mucho tiempo intentando entender, lo escuchaba atentamente, le ayudé a organizar sus fichas y anotaciones.

En verdad, sobre su infancia no me dijo mucho: me explicó que su fascinación por el tiempo provenía de aquel preciso instante en que vio su casa envuelta en llamas, cuando caminaba por el jardín trasero de la casa. Entonces tenía diez años. Dijo que, entre el miedo y las lágrimas, había visto que el tiempo se detenía en las siluetas del fuego. Pero el doctor creía en imposibilidades. Siempre fue así. Como dije antes, estuvimos juntos veintiocho años, treinta y dos contando el tiempo que fuimos novios. Vivimos la llegada de las nuevas tecnologías: el internet, los celulares, las redes sociales. Por aquella época, él ya era un doctor reconocido. Habíamos visitado casi todo el mundo. Comenzó a acecharle una idea que publicó en un artículo también muy discutido y alabado: escribió que entre Stonehenge y el reloj astro-

nómico de Praga no había ninguna diferencia: los dos eran instrumentos de tortura.

No estoy segura de cuándo Arturo hizo del tiempo un monstruo y no un objeto de estudio. Primero, intentó comprenderlo; luego, dominarlo y, al final, lo temió. ¿Sería su rostro en el espejo, la aparición de alguna arruga o algún rastro heredado de vejez lo que lo habría enloquecido? ¿Sería yo acaso la imagen de lo inútil de las búsquedas? No sé si él lo vio como un avance lento que carcomió nuestro matrimonio o si, algún día, de golpe, se dio cuenta de que yo no era lo que él necesitaba. Poco antes de su partida, llegó tarde a casa, borracho, y yo dormitaba. Exaltado, me dijo que había encontrado la solución para el problema: volver a un orden primitivo, acabar con la situación actual al suspender el tiempo y *regresar*.

Deje abro la ventana, que aquí hace mucho calor. Su respuesta teórica ante un problema que él creía real era que teníamos que replicar el tiempo mítico, usted sabe, una postura distorsionada de lo que escribió Mircea Eliade: si nosotros éramos capaces de revertir el paso del tiempo, al eliminar los instrumentos de medición poco a poco, seríamos capaces de regresar al tiempo del mito, fuera del transcurso de las cosas. Los dioses ya no existían, gritaba, era posible escapar.

Mi esposo era un genio. Podía argumentar y convencerte de mil maneras distintas. Naturalmente, cuando comenzó a hacerse más huraño, insistí en que hiciéramos exámenes psicológicos. Su salud era perfecta y todas las pruebas salieron bien. Pero se iba encerrando en sí mismo, me alejó de su vida. Destruyó todos los objetos tecnológicos de la casa: primero el módem del internet, las compu-



tadoras, el microondas, la televisión. Luego, uno a uno, los objetos de medición del tiempo que había atesorado: desde lo más reciente hasta lo más antiguo, como si así pudiera revertir el proceso. Imagine el estruendo que hace un reloj de arena que se desparrama en el piso, o lo extrañas que se ven las manecillas de un reloj en el suelo, como flechas inmóviles. Pero lo que más me dolió fue ver que, en nuestras fotografías juntos, había una quemadura en donde iba su rostro.

No me mire así, yo no lo dejé porque hubiera enloquecido. Yo creía en él, lo amaba muchísimo, y hubiera aceptado estar con él en su locura. Incluso traté de adaptarme a esos órdenes de vida que Arturo instalaba. Pero él decía que no lograba detener el paso del tiempo, a pesar de haber eliminado los relojes y los calendarios. No podía regresar al pasado que siempre había perseguido. De cazador se había convertido en presa. Renunció a su puesto en la universidad. Entró a la casa, me tomó de la muñeca, arrancó el reloj que me había dado cuando me pidió matrimonio, lo aplastó contra el suelo y me dijo que me amaba pero que hay lumbres que el tiempo no extingue. Él me había considerado en sus planes desde el inicio, o al menos eso creía yo, pero no supe por qué, en aquel momento, yo era vetada. No supe por qué razón era expulsada de nuestro Paraíso personal. Acepto que al principio mi respuesta fue el escepticismo, pero yo lo hubiera acompañado, juro que nunca hubiera dejado a mi esposo.

Y así, se fue. Traté de buscarlo. Seguí un tiempo sus pasos. Traté de hablar con él, decirle que estaba dispuesta a acompañarlo. Pero creo que yo ya lo sabía desde antes: no podía detenerlo. Por un lado, era su pavor al mundo actual

y por otro, su obsesión. Siempre su obsesión, el tiempo del mito, estar fuera del curso de las cosas. Lo vi salir de casa hace casi seis meses. Creo que, de lo demás, puedo aportar tan poco como lo permite la sucesión de acontecimientos. Él se fue a vivir al campo y comenzó una vida parecida a la de un ermitaño: se alejó de cualquier instrumento de medición y vivió con lo que la naturaleza le daba. Él creería probablemente que acercarse a los tiempos más primitivos, los ciclos naturales de las cosechas, del sol y de la luna, sería suficiente.

Imagine usted esos tiempos antiguos en que la vida dependía de las actividades humanas más básicas. En qué momento se habrá dado cuenta que eso no era suficiente, no lo sé. Quizás un día cayó un rayo cerca y se encendió un leño, o vio un ascua moribunda que dejaron algunos cazadores. Del terror habría pasado al entendimiento. Yo sé lo que pensaba cuando se inmoló.

Ponga eso en su nota. Póngalo, que todos sepan las razones de Arturo. La mayoría de las religiones apuntan a algo: el sacrificio es necesario para la regeneración. La muerte conduce a la vida. Quizás por ello Arturo habría hecho su especie de penitencia y arrepentimiento, todo para conducirse a ese instante: la muerte ritual. Recuerde, la muerte de Cronos instauro un nuevo tiempo, un orden en el cual los sacrificios humanos acaban y empieza una nueva civilización, la familia de los hombres. Creo que todos anhelamos unirnos a nuestras familias, aunque sea en las cenizas. Pero que Arturo no me considerara como parte de esas cenizas, es algo que no le perdono.





El hombre que inventó la lógica

Aldo Barucq Muro Santoyo

Mi madre no cree en los aviones. Ella no cree que volar sea de veras importante, así que va por la casa con el matamoscas en una mano y un Dostoievsky en la otra, matando, con realismo, todo lo que vuela. Para ella, volar es irreal, aunque tararee a solas *Los aviones* de Andrés Calamaro. Mi madre no cree en el vuelo, cree en la lógica, y me contaba la historia de su origen en las noches antes de dormir.

Cuenta que, primero, fue la nada, luego, el caos y luego, el Hombre diciendo palabras. Mi madre decía que la lógica comenzó con una montaña blanca y que, años atrás, el oráculo jurásico vaticinó la tragedia de la invención de la lógica, y, con su propia arca, los dinosaurios emprendieron la huida sideral. Estuvieron perdidos hasta el año 4098 cuando Tse-Tsénilo Muscio, el primer díptero en pisar otra galaxia, descubrió que, efectivamente, en el planeta Auro, había

huellas de dinosaurio. Un enorme avance para el imperio Musca, última especie viviente sobre la tierra.

Mi madre cree en los acrógibos. Cuenta que eran seres alados que volaban alrededor de la montaña, imposibles de la caída. Cuenta que, en la *Enciclopedia de biología antiteleológicas*, se habla brevemente de ellos. Del griego *akros*: altura; y *giboos* del Rucqbá: giboso, jorobado, deforme. Acrógibo.

El acrógibo no necesitaba alimento, agua, descanso o música. Su naturaleza era volar día y noche sin interrupción, sus trescientos veinte años de vida, en promedio. Su biología, efectivamente, era anti-teleológica. Su cuerpo era escamado, azulado durante la juventud y verdoso hacia la etapa de vejez. En la espalda tenía dos alas emplumadas y periféricas para dirigirse y una tercera al centro para mantener fijo el vuelo. Un tronco con una sola pierna para la no necesidad de aterrizar. Si usamos una catacresis más o menos adecuada, podríamos decir que tenía cabeza de mosca de la que colgaba una lengua flácida, larga y babosa. Siguiendo las prescripciones de su fisiología, la lengua salía cada hora aproximadamente, provocando un intenso dolor. La lengua del acrógibo sólo servía para doler.

Debajo de la montaña se congregaban los primeros seres humanos. La montaña era vista como se ve a un dios iracundo y dictador: de abajo hacia arriba y con rencor. El hombre miraba a las alturas. Estaba solo en la tierra: un grano de materia antes del tiempo. ¿Cómo dejar de escuchar a la gravedad que susurra: “eres de tierra”? Miraban hacia arriba a los seres alados y se hizo la *envidia*.

Primero, fue la mimesis: para vencer la caída y volver a la morada perdida, bastaba con subir como lo hace el acrógibo, la mariposa o las aves. Arrojar al vuelo porque



venimos de arriba, porque habría que religarse imitando a los que vuelan. Los primeros hombres comenzaron a subir la montaña blanca. Uno a uno, en fila, como un ejército de hormigas alineado y alienado. Pronto se llegaría a la cima. Pronto se sanaría el raspón de la caída.

El primero en la fila llegó a la punta de la montaña y, sucedáneamente, los otros novecientos treinta y cinco esperaron atrás de él. Abajo esperaban los no tan fuertes, los no tan altos, los no tan valientes, aquellos que eran distintos; y se hizo el origen de la mujer como tierra, madre tierra, fecunda y a la espera del héroe.

El primer individuo de la fila estaba solo ante el acantilado, a escasos metros de los acrógibos. Resentido, casi pájaro, al filo de la montaña, estaba el primer individuo de la historia. Miró hacia abajo. Ahora podía mirar hacia abajo, ahora los de abajo lo miraban hacia arriba y se hizo la *idolatría* como prótesis para tocar el cielo. El momento llegó y el primer hombre antes del hombre se arrojó al vacío de un salto, tan sólo sujeto a la blancura que es la Nada.

¡Oh, Trágico Ícaro! ¡Oh, inocentes hermanos Wright! ¡Oh, giboso Challenger! Mi madre no cree que el hombre vuele. Mi madre no cree que llegar a la luna sea de veras importante, ahora que sabemos que arriba hay algo más que una roca brillante y que Neil Armstrong jamás regresó a la tierra. Mamá cuenta que el *Armstronauta*, al clavar el asta de su bandera sobre un cráter lunar, fue aprisionado por ese monstruo espacial camuflado en roca blanca que hipnotiza con su cara de conejo, y con la suavidad hipnótica en la musicalidad de llamarlo *moon* y pensar que es inofensivo.

El primer individuo sintió el roce del aire y de la injusta fuerza de gravedad, por lo que su primera chispa de sentido

común le hizo abrir los brazos y emular las alas de un ave. Aleteaba en caída libre. En descenso, el primer individuo conoció la frustración del cuerpo inútil. En caída libre, precipitado hacia el polvo, cual meteoro de carne, se inventaron los límites de la naturaleza humana. Se percató del castigo que era la individualidad: ese dolor sería suyo y de nadie más cuando sus huesos se estrellaran contra el suelo en un crujir apenas entendible para quienes miraban desde abajo. Roto, sangrante, ilógico, con un dolor apenas mitigado por la muerte instantánea, sobre la tierra yacía el primer caso hacia la inferencia inductiva.

El segundo individuo se precipitó al vacío creyendo tener más suerte y se hizo la *esperanza*. Dos casos: dos cadáveres. El tercer hombre hizo lo propio. Y se hicieron las *causas nobles*, la unión que hace la fuerza. El cuarto aleteaba de manera descompuesta como un garabato en el cielo. Los acrógibos observaban lo que, hasta entonces, era el suceso más interesante de sus cuatro mil años de existencia. Habían estado aburridos sin saberlo. Seis cadáveres. Los cuerpos se precipitaban como bombas de carne. Siete cadáveres.

Veinte cadáveres. Veintinueve. Cuarenta y siete. Hacia la media centena de casos, las mujeres y los niños que miraban desde abajo comenzaban a entender. Cuando la sangre del quincuagésimo individuo salpicó la cara de una mujer y salió de prisa entre los árboles. Algo había pasado, algo comprendió primero que nadie.

La pila de cuerpos rotos se aglutinaba sobre el piso, como compitiendo nimiamente contra la montaña. Como el primer modelo de la Torre de Babel. Doscientos dos cadáveres y el aire se respiraba distinto, el ambiente se había



hecho denso, irradiaba un calor que hacía sudar las mejillas. Mi madre narraba ese momento con un redoble de percusión africana. La llegada de algo fantástico con *Also sprach Zarathustra*. Al tiempo que el cráneo trescientos ochenta se estrelló contra la tierra, la bóveda celeste se oscureció al eclipsarse el sol de forma repentina, en tanto que el testimonio de la última cabeza rota se escuchó a dos planetas a la redonda: el hombre no vuela.

Trescientos ochenta muertos para entenderlo: el hombre no vuela. A las ardillas les tomó noventa y dos casos aprenderlo; al gorila, trece; al perro, dos.

La oscuridad y el estruendo se propagaron rápidamente. Ese último cuerpo había abierto la grieta del mundo: la dualidad. Y la Tierra lloró. Los acrógibos huyeron indómitos. Se les vio hacerse pequeños hacia un resquicio del cielo para no volver a vérselos jamás. Los que se mantuvieron en el suelo como espectadores, abandonaron el lugar en pánico. Arriba, en la montaña blanca, la fila se dispersó, los hombres huyeron montaña abajo, chocando unos con otros, aterrados por la espontánea oscuridad del cielo y tanta Luz que ahora estaba en sus cabezas. “No hay por qué correr, es ilógico que anochezca a esta hora del día.” Gritó uno. ¿Ilógico?, ¿hora?, ¿de dónde había salido eso? Pero corrían, aplastando a los que perdían el paso, lógicamente, asegurando la supervivencia.

El hombre no vuela. Al amanecer lo supieron, mientras las moscas se congregaban en el vertedero de cuerpos y vísceras, bajando y subiendo a placer. No había rastro de acrógibos. Sólo quedaba la tierra, el aire, el azul, la imposibilidad de las alas y tanta luz, las palabras aladas y fantásticas como *infinito*.

Dice mi madre que ahora propugnan en las universidades que los jóvenes se alejen de cualquier brote imaginario de creaturas asimétricas. Y que, sin embargo, hurgan en las sandalias de Zeus y de Cristo, faltándole al respeto al hombre que inventó la lógica. Cuenta, al término de su leyenda, que no nos libramos de la fantasía, en tanto seguimos creyendo en la lógica, en los aviones, en celulares o en el Leviatán vigía del contrato social. Dice que las palabras son un brote de fantasía crónica y que escribirlas es como hacer aviones de papel.





La magia de un nuevo amigo

Laura Guadalupe Martínez Plaza

Yo vivo en un pueblo muy pequeño, casi en medio de la nada. La gente sólo lo visita cuando quiere tomarse un descanso de sus largos viajes, cuando ya ni sus burros quieren caminar. En el pueblo hay unos abarrotes, mi escuelita, una capilla, una fonda y un cementerio, ah, y los domingos se pone un mercadito ambulante al lado de la capilla. A mí me gusta mucho ir al mercado porque mi mamá me compra cocadas o merengues y, cuando tengo suerte, me compra un juguete nuevo. Hoy me compró un papalote bien bonito, de color naranja, rojo y amarillo. Yo ya quería ir a volarlo luego luego, pero mis amigos no me quisieron acompañar, que porque iban a ver las luchas en la tele de Pepe, que es la única tele del pueblo. Yo la verdad no quería esperar más, así que fui solo.

El sol empezaba a ponerse y pensé que el cielo tenía los mismos colores que mi papalote. Lo estaba volando, cuando, de repente, una ráfaga de viento sopló tan fuerte que me empujó y me arrebató mi papalote. Se atoró en un viejo árbol al lado del cementerio. Fui corriendo por él, mi mamá se iba a enojar si veía que había perdido mi papalote nuevo. Yo tomé la cuerda y la jalé bien fuerte, estaba atorado con una rama y nomás no lo soltaba. Jalé y jalé y el papalote cayó, pero también cayó un nido de golondrinas. Yo no sabía que ese nido estaba ahí; me puse muy triste porque tenía bebés y parecía que los había lastimado, pero no fue mi intención. Ay, yo no sabía qué hacer, no sabía si se habían muerto o no, pero les estaba saliendo sangre, se veía que les dolía mucho. Pobrecitos, si tan sólo hubiera sido un poco más cuidadoso.

Me puse en cuclillas y lloré. Luego sentí una palmada en mi hombro; miré hacia arriba y era un señor, nunca antes lo había visto. Alto y flaco, con unas manos largas. Llevaba un abrigo viejo, un sombrero y un pantalón empolvado. Por debajo del sombrero se asomaba su cabello canoso despeinado y una barba graciosa. Me pasó un pañuelo para limpiarme las lágrimas y me dijo:

– ¿Pasó algo malo? ¿Por qué estás llorando?

– Y-yo no sabía que ahí estaba un nido, no-no fue mi intención y ahora se van a morir por mi culpa – dije gimiendo.

Hmmm, déjame arreglar esto a mí, estarán como nuevos para mañana, pero ya no llores.

Lo miré hacia arriba y acarició mi cabello con sus flacas manos. Recogió el nido y lo metió dentro del bolsillo de su chaqueta. Corrí de regreso a mi casa, esperando que mi



mamá no hiciera ninguna pregunta. Esa noche no pude dormir, pensando en lo que había hecho.

Así llegó el día siguiente, salieron los primeros rayos de la mañana y yo corrí al mismo árbol cerca del cementerio. La misma rama que ayer se rompió estaba ilesa y en la punta de la rama... ¡El nido de golondrinas! No sólo estaban vivas, ¡también cantaban! Ese señor decía la verdad. ¿Cómo lo hizo? Fue como si hubiera hecho magia. En ese momento busqué a mis amigos para contarles lo que pasó. Estaban jugando canicas afuera de la tienda de abarrotes, yo estaba muy emocionado, pero cuando terminé de contarles mi historia tenían cara de susto. Uno de ellos me preguntó quién era y yo se lo describí. Me dijeron que se llamaba Jacinto y que era un brujo, que a lo mejor hasta tenía un pacto con el diablo y así curó a los pajaritos. Yo no creo. ¿No se supone que el diablo hace cosas malas? Además, dijeron que en las noches se asoman a su ventana y que lo han visto charlar con el diablo, dicen que su casa huele a azufre, no sé muy bien qué es eso, pero dicen que así huele el infierno. También dicen que come niños, pero yo no les creo porque Don Jacinto está muy flaco; yo no creo que coma niños, más bien, parece que no come nada. Además, él curó a los pajaritos cuando se cayeron del nido. Si eso no lo hace una buena persona, entonces no sé qué lo haría. Yo no les creí, así que regresé a mi casa y almorcé con mi mamá. Quería contarle todo lo que había pasado pero tenía miedo de platicarle que había roto mi papalote nuevo, así que sólo le conté lo que los otros niños me dijeron sobre Don Jacinto.

Ella reaccionó un poco molesta, me dijo que Don Jacinto es el hombre más pobre del pueblito y que por eso siempre anda todo flaco y sucio. Por eso nadie más en el pueblo le

habla. Incluso me dijo que una vez intentó darle una limosna, pero él ni siquiera la miró. Puede que sea muy tímido con los demás. Pero está bien, yo también era muy tímido cuando era más chiquito, siempre fui un poco más pequeño que los niños de mi edad y pensé que los demás nunca iban a querer jugar conmigo. Pero los otros niños fueron muy buenos conmigo y se me quitó. Yo creo que eso es lo que pasa con Don Jacinto y no está bien que anden diciendo cosas de él que no son ciertas sólo porque a él le da mucha pena su pobreza.

Todos los domingos me lo encuentro escondido detrás de los puestos del mercado, comiendo las sobras de los puestos de fruta o fumando un cigarrillo. Siempre anda solo, parece que no le agrada hablar con la gente. Aun así, cuando lo veo, lo saludo con la mano y él me devuelve una sonrisa. Cuando se quita el sombrero se le ven unos ojos verdes que siempre resaltan con brillo de entre su cara vieja y su barba descuidada. Es raro que, aunque esté sonriendo, no se ve muy feliz. Más bien es una sonrisa llena de preocupación. Yo creo que a Don Jacinto le hace falta alguien con quien hablar, quizás el mundo sería un poco mejor si todos fuésemos un poco más amigables con todos.

Una vez más es domingo y está empezando el invierno: todas las hojas de los árboles cayeron y mi mamá me tejió una bufanda nueva para protegerme del frío. Me gusta porque es café y porque tiene unos flecos suavitos que me gusta frotar con mi cara cuando se me congela la nariz. Otra vez vi a Don Jacinto. Estaba temblando mucho, esta vez ni siquiera me volteó a ver. Estuve toda la tarde pensando en cuánto frío podría tener él e imaginando cómo las ráfagas frías de viento se colaban por las paredes de su casa.



Entonces se me ocurrió una idea: podría llevarle una cobija, yo tengo una de sobra y sé que él la necesita más que yo.

Caminé hasta la casa de Don Jacinto, la cual está doblando la esquina detrás de la capilla. Estaba anocheciendo y me dije a mí mismo: Esta noche Don Jacinto podrá dormir calentito". Toqué su puerta.

TOC TOC TOC

– Buenas noches, Don Jacinto. Sé que es algo tarde pero ha estado haciendo mucho frío estos días y escuché que se va a poner peor, así que tenía esta cobija de sobra en mi casa y pensé que a usted le serviría.

Tomó la cobija con cuidado con sus manos temblorosas, no sé si de frío o de nervios. Con la cabeza hacia abajo, se empezó a reír entre dientes, acariciando con desesperación la cobija... Entonces inhaló profundamente y dijo:

– ¿Sabes? Nunca nadie había hecho nada así por mí... Eres tan bueno, hay algo único en ti. Cuando miro a tus ojos, te veo lleno de inocencia... No hay ni una pizca de maldad en ti. Como si tuvieras luz propia, que brilla incluso en la multitud. Más deslumbrante que un diamante.

Levantó la mirada y la clavó en mí, sus ojos estaban completamente abiertos. Pensé que iba a llorar porque se pusieron rojos y cristalinos. Pero no lloró, sonrió a un ritmo lento, mostrando todos los dientes. Entonces, acarició mi mejilla con su mano huesuda. Se detuvo mi respiración por un momento y di un paso apresurado hacia atrás.

– Oh, no, perdón, no, no quiero asustarte. Discúlpame, lo único que quería era agradecerte por hacer esto por mí... Ya sé. ¿Qué tal un truco de magia?

– No sé, mi mamá me está esperando para cenar y...

– Bueno, dame una oportunidad, sólo mira esto.
– Arrancó del suelo un diente de león. – ¿Tú crees en eso de que si soplas un diente de león tus deseos se pueden hacer realidad? Suena tonto, ¿verdad? ¿Cómo una flor traería a ti lo que tanto deseas?

Tomó la flor y la aplastó con ambas manos. Después las abrió con cuidado y sopló hacia el aire. De la nada, una mariposa salió volando de entre sus manos. Yo estaba boquiabierto. ¿Cómo lo hizo? Era verdad, puede hacer magia de verdad, justo frente a mis ojos y aun así no podía creerlo.

– A veces... Para hacer realidad lo que deseas, sólo necesitas un toque de magia –dijo.

– ¡Bravo, bravo! –yo le aplaudí.

– Parece que te gustó. ¿Quieres ver otro truco?

– Sí, otra vez, hazlo otra vez.

– Tengo uno mejor, pero vas a tener que ayudarme.

– No sé, yo no sé hacer magia.

– No importa, sólo presta atención; yo te diré que hacer.

Le dije que sí con la cabeza.

– Toma aire y cierra los ojos.

Cerré los ojos y en un segundo la sangre se me fue a los pies: poco a poco, mover los dedos de mis manos se hacía más difícil. Sentí una especie de comezón en mi pecho, pero no me podía rascar. Esa comezón de repente se convirtió en ardor, cada segundo me dolía un poco más, sentía como si me estuvieran quemando.

– ¿Y-ya puedo abrir los ojos?

– Ssh, ya es hora del truco final.

De repente, el ardor se sintió como si mi pecho se estuviera abriendo. Dentro de mi pecho mis huesos sonaban como si se estuvieran estirando y como un golpe. ¡Crack!



Las costillas dentro de mi pecho parecían haberse roto. El espasmo de dolor me hizo abrir los ojos. Frente a mí estaba Don Jacinto, babeando mientras me miraba ansiosamente. Sus ojos estaban completamente abiertos y desorbitados. Bajé la mirada y su mano estaba dentro de mi pecho, atravesándolo como una daga. El dolor era tanto que sentía que se me iban a botar los ojos. Intenté volver a cerrarlos, pero no podía; tampoco podía moverme, mi cuerpo estaba tan duro como una tabla. Intenté gritar con todas mis fuerzas, pero mis labios no se abrían. Sentía su aliento casi frenético, jadeando con una sonrisa gigante, acompañada de una risa nerviosa que dejaba ver sus dientes putrefactos. Tenía pánico, quería llorar, pero sentía que, en vez de hacerlo, me estaba ahogando, mientras la sangre empezaba a salir a borbotones de mi pecho.

Pensé en mi mamá. “Mamá... mamá... ¿Estarás esperándome en casa? Lo siento, te dije que ya no me metería en más problemas. Pero esta vez te prometo que estaba intentando hacer las cosas bien...”

De mi pecho, Don Jacinto arrancó mi corazón aún palpitante. Sus ojos parecían llenos de fuego. Lo tomó con ambas manos y le dio una gran mordida. La sangre empezó a escurrir de su boca y gotear en el piso. Su mirada estaba llena de frenesí, parecía disfrutarlo mucho. Arrancaba grandes bocados y los masticaba fervientemente. Gemía y sus ojos se empezaban a poner en blanco con cada mordida. Cuando se lo terminó, se puso en cuclillas y empezó a lamer la sangre del piso y, entonces, mi cuerpo se derrumbó.

Pasaron momentos de oscuridad y, de repente, estaba volando; flotando ligeramente como una nube, pero mi cuerpo aún estaba en el piso, con el pecho abierto y mis costillas

rotas, por dentro parecía ya estar vacío, mi piel tenía un tono azul y mi cara se veía paralizada. Podía ver todo desde muy alto, yo estaba ahí, al lado del árbol cerca del cementerio. También estaba la capilla, pero detrás de ella ya no estaba la casa de Don Jacinto, no había nada ¿Cómo podía estar yo flotando en el aire y al mismo tiempo estar ahí abajo? ¿A dónde fue Don Jacinto? ¿Es éste el fin del truco de magia?

Fin





Canto siamés

Esteban Castorena Domínguez

Cuando los cantos cesan y se hace el silencio, la mano los confina al bolsillo. Es ahí donde los hermanos despiertan. Siameses cantores que nunca conocerán la soledad. Juntos, conforman un ser de dos cabezas, con dos cuellos largos y delgados que terminan uniéndose a un cuerpo serpentino. Al final de ese cuerpo, un agujijón marcado con dos arillos.

Lejos de las miradas, Left y Right comienzan su juego de asfixia, Right, como una boa hambrienta, se enreda en el cuello de su hermano y comienza a estrangular. Left no se queda atrás y hace lo mismo con su gemelo. Luchan, se enfrentan, se aprietan entre sí. Constantemente buscan nuevas formas de ahogar la garganta fraterna. Entrecruzan sus cabezas a medida que se aprietan el uno al otro. En su juego desquitan con su igual por la imposibilidad de ser independientes y cantar en solitario. Cada hermano ahorca con la oculta esperanza de por fin dejar mudo a su par y convertirse, así, en el solista que siempre ha deseado ser.

Aunque cada uno desea su independencia, Left y Right saben que sólo juntos cumplen plenamente con su fin. La ausencia de uno de ellos haría que la armonía de sus cantos se perdiera y sus interpretaciones sonaran incompletas. Los hermanos saben que la pérdida de uno implica la ruina de ambos. Por eso el inconsciente los traiciona y, sin notarlo, la cola que comparten intenta mediar entre ellos. En el éxtasis del juego, cada hermano intenta tomar control de un cuerpo compartido. Right intenta dirigir la cola, mientras Left quiere ordenar los movimientos del aguijón. Los siameses traen más contendientes al juego.

Right, Left, el aguijón y la cola se atacan entre sí, se enredan y entrecruzan hasta anudarse cuello con cola y cabeza con aguijón. Poco a poco, los siameses marañan su cuerpo hasta darle una forma irreconocible. Su juego encuentra el fin sólo cuando Left y Right se convierten en presa de sí mismos y no pueden moverse. La mano es quien los libera, los saca del bolsillo y, ante el enredo de los siameses, pide ayuda a su gemela.

De nuevo en su forma natural, los hermanos son convocados para hacer lo que saben, su aguijón es clavado en un orificio que cubre los dos arillos que lo marcan. Así pueden sentir la música. Las manos disponen a Left y Right en su lugar. Cada uno se acomoda en un nicho tibio en el que pueden sujetarse sin problemas. Cada uno en su propia oreja melliza. Desde su aguijón sienten cómo la música fluye a través de ellos, recorre su cola y llega al punto en el que su cuerpo se bifurca. Sienten cómo la melodía se separa junto con su cuerpo para que cada uno interprete su parte. Cuando la música llega hasta sus cabezas, Left y Right cantan y el silencio se rompe.





La caída de la jacaranda

Mayra Patricia Dávila Herrera

Florecer dos veces al año, en primavera y en otoño, resultaba agradable de pensar, pero yo no era un árbol y no florecía; lo incoloro de la vida se presentaba a diario, me era casi imposible caminar con la boca abierta en una sonrisa, como un símbolo que reflejara la hipocresía de mi interior.

El sol se postraba en lo alto de mi cabeza sin permitir que la sombra se proyectara. Eran las tres de la tarde, las clases habían durado más de lo normal; me comí la mitad de mis uñas y abandoné el lonche en la mochila –ahí se quedaría una semana hasta que el olor a putrefacción molestara a mis compañeros. Aun así, sentía un hueco en el estómago. Cuando el profesor terminó de escribir en el pizarrón y pronunció: “Nos vemos en la próxima clase”, salí dando grandes zancadas, sin observar a nadie. Las últimas semanas

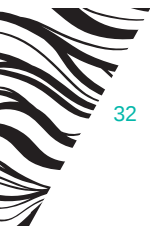
se habían vuelto un tanto tediosas, lo que más deseaba era largarme de ese lugar.

Caminé a paso rápido hacia mi coche, con la mirada en el suelo, dándome cuenta de que el piso estaba vestido de flores de jacarandas que caían de los árboles. La primavera había pintado la universidad de un tono azul que se abrazaba al violeta; me gustaba, eran los pequeños detalles los que me inspiraban a seguir asistiendo a la universidad.

Estaba apurada de llegar a casa, sentarme bajo los árboles y meditar sobre la caída de las flores que parecían retroceder en el tiempo y postrarse de forma cíclica en el ramaje. Manejé a una velocidad más alta de lo común, cien por hora; mientras atravesaba el puente, me distraje mirando la hermosura de la ciudad y de los árboles de jacaranda. Las calles estaban escurriendo de color, cada camellón se iluminaba con la luz azul violácea y lanzaba choques eléctricos a mi cerebro al mirarle.

Fueron cuestión de segundos en los que mi mirada se perdió, pero también lo fueron para que perdiera el control del volante. El coche se inclinó hacia la derecha y un carro pasó esquivándome, pero eso no evitó que terminara por impactarme contra un poste. Se apagaron las luces que, segundos antes, relampaguearon en mi cabeza.

El aire que golpeó mi rostro me hizo sentir extasiada, estaba inmóvil, pero disfrutaba de la sensación de libertad. No entendía dónde me encontraba, pues lo primero que vi fueron columnas de árboles de diferente especie; un verdor tapizaba toda la superficie y también sobresalían unos cuantos colores: tulipanes, rosas, margaritas, lilís; todas elegantes y risueñas ante mí. Un momento... ¿las flores estaban felices al verme?



Deseé caminar, pero no sentía los pies, porque no los había. Mi cuerpo no era una masa humana, sino un tronco. Los latidos de mi corazón parecían estar ahí, marcando la existencia tangible de un ser, de un ser que sólo estaba vivo, plantado en un jardín rodeado de más árboles y flores que emitían sonidos de placidez. Mi mente voló un rato intentando descifrar aquella sensación, ese estar, pero no del todo.

Le sonreí al frescor que llenaba mis pulmones, a los colores que reconocían mi presencia como uno de ellos. Moví mentalmente mis dedos dando la indicación y una de las ramas de la parte superior bajó cerca de mi ojo. Le miré, había flores y frutos de jacaranda acicalando aquel pedazo de madera, sentí que había miles de collares sobre mí, adornándome el rostro y el cuerpo duro. Llené mi tronco de emoción, las hojas se sacudieron.

– Violeta, bienvenida seas –susurró una voz en mi cabeza.

Me fui conociendo, el interior vibraba ante la presencia de una nueva rama, añadiendo sentimientos de calidez, pero con aires dulzones al mismo tiempo. Quise recordar el último lugar donde estuve, pero todo se resumía a este jardín donde parecía reencontrarme con viejos amigos.

Algunos días contemplaba la luz de la luna, volaban los pajarillos y picoteaban la madera, me hacían cosquillas, pero era divertido convivir con ellos y con los insectos que se arrastraban sobre mí. La temperatura del clima variaba; en ocasiones, la lluvia me humedecía; en otras, el sol me dejaba casi sin aliento, pero ninguna me afectó tanto como cuando el ambiente comenzó a enfriarse, ni el rayo de sol más débil calentaba mi cuerpo. Al suceder esto, la penum-

bra se prendía del paisaje, convirtiendo todo en un verde oscuro, deseoso de recibir calor.

Uno de esos días, divisé a lo lejos una figura, la cual comenzó a acercarse, primero lento, después rápido. Ésta lanzó un grito y se tiró al suelo. Permaneció ahí unos minutos, aunque aún no lograba descifrar de qué se trataba. En invierno no solían aparecer tantos animales. Cuando se paró, me percaté de su complexión humana, me resultaba familiar la manera en la que sus dos piernas se movían simultáneamente haciéndole caminar, así como el abrir de sus brazos, que se asemejaban a mis ramas. Parecía que recién le habían podado el cabello, apenas y alcanzaba a distinguirse. Caminó hacia mí, llevaba en la mano una cuerda; sacudí mi ramaje, puesto que la emoción me invadió al pensar que haría un columpio.

Al mirarle de cerca, observé que sus ojos estaban hinchados, sorbía por la nariz y lanzaba gemidos constantemente. Llovía en su cara y el sol no se aparecía por ninguna parte para secarlo y calentarlo, lo comprendía un poco. Una ráfaga de viento movió su ropa. El chico se acurrucó cerca de mi tronco, entre sollozos y mirando de vez en cuando la cuerda. ¿Por qué no se columpiaba de una vez? Había observado a otros niños mecerse en los demás árboles, mostraban sus blancuzcos dientes y parecían divertirse.

La luna estaba en lo más alto, era la única luz, pero la sombra del joven se proyectaba, así como la de los troncos: creábamos un escenario espeluznante. Después de unos cuantos minutos, escuché su voz:

–¡Ya no sé qué hacer! Ayúdame, por favor, la universidad es horrible, mi familia, mis amigos... nadie me entiende –dijo en un tono grave, mezclado con tormenta. No

entendía de qué hablaba, pero quise abrazarlo; sacudí mis ramas y unas bajaron lentamente, pues el frío me entumecía, algunas se resquebrajaban.

Los movimientos del chico eran lentos, pero finalmente se decidió. Tomó la cuerda y la lanzó sobre uno de mis troncos más gruesos, me hizo cosquillas; después, hizo un nudo, dejando un círculo, era un columpio extraño. Estaba algo alto, así que se trepó a mi tronco, cerró los ojos e introdujo su cabeza en el hueco. Tomó una gran bocanada de aire y se lanzó, su cuerpo quedó colgando de mi rama; entonces me percaté de que intentaba quitarse la vida. Sacudí la rama para impedirlo, pero se agarraba asiduamente, apretando la cuerda. Sus pies se movían frenéticamente y el ruido que su garganta producía me aterraba. No dejé de sacudirme, pero pasaron sólo unos minutos para que el chico dejara de moverse.

Vi cómo su alma se alejaba corriendo y se resguardaba en la naturaleza, buscando un nuevo hogar. Hacía ruidos, pero finalmente terminó por instalarse en las profundidades de la tierra. El chico de cabeza podada yacía colgado con la cabeza de un lado, ya no llovía en él, sus ojos entreabiertos le daban una imagen de paz.

La tristeza se derramaba sobre mí, los siguientes días presencié imágenes que no creí que pudieran suceder en aquel paisaje tan utópico. La temperatura bajaba cada vez más, y el cobijo no lo encontraba ni en los colores de mis compañeros árboles y flores.

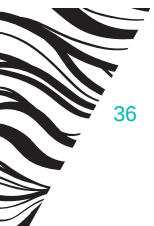
Fui testigo de cuando la madre del chico lo encontró colgado de mis ramas, me sentía cómplice, pues no lo pude salvar. El color de su piel fue desapareciendo, así como el de sus familiares que compartían lluvia y tormentas. Desea-

ba fervientemente tener piernas como las de ellos, rodearlos con brazos de carne y hueso, sin dañarlos con la aspereza de mi tronco.

El aire me quemaba las ramas, deseaba poder abrigar mis hojas; sin embargo, pasaban los días y cada una de mis flores comenzaron a caerse, sentí como si mis párpados se cerraran, pareció una eternidad; veía el sufrimiento de algunos de mis compañeros, pero otros parecían crecer y fortalecerse. Aspiré el invierno, sentí que me atragantaba y vi la última flor caer.

Abrí los ojos, estaba inmóvil en mi coche y uno de los vidrios de la ventana me atravesaba el cuello. Suspiré por última vez e imaginé el espectáculo que las jacarandas presentaban ante el sol que caía lento.

Cuando la ambulancia llegó, la chica yacía en el coche aplastado, atravesada por un vidrio, atrapada entre el volante y el asiento. Lo que le pareció extraño a todos fue que se encontraba rodeada de pequeñas flores de jacaranda, lo cual nadie se explicó, ya que no había un árbol cerca de ella.





Un hombre que es feliz

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

Un hombre vivía en una caja y era feliz. Había nacido con una sonrisa de trazo duro, firme, para que no se le borrara con la duda o la desesperanza. Para que, cuando se viera al espejo buscando en su rostro la mueca del sufrimiento, encontrara la dicha bien encajada en su boca y se decidiera a creer que era feliz.

El primer día, fuera ya de la cama, se dispuso a explorar el espacio donde había despertado. Éste estaba constituido por cuatro paredes lisas, color café oscuro, un piso sin fisuras, la cama, una mesita, una pintura, el espejo, la fotografía de un lago y un hueco en el techo, a unos cien metros de altura, por donde caían de vez en cuando papeles con algo escrito a mano. Generalmente palabras. Palabras como felicidad y vida.

La casa no tenía cocina y él no tenía estómago. En la época en que el hombre llevaba el olor a miseria pegado a la espalda y el cuello, optó por comerse sus propias lágrimas, para no deshidratarse.

Dicen, los que lo han estudiado, que el estómago del hombre estaba conectado a la boca. Ésta pudo haberle servido en algún tiempo no sólo para facilitar la deglución, sino para distinguir sabores. Se sospecha que dejó de necesitarla cuando la gente comenzó a morir porque en el mundo ya no había cosas que masticar. Si la evolución le permitió conservarla pasados los años, fue porque con ella podía sonreír; y eso es lo único más cercano a la belleza que todavía es suyo.

Sin la sonrisa, el hombre sería lo mismo que una bestia. Porque las bestias no sonríen, o lo hacen sin pensar en el sentido de su gesto. Pero para él las comisuras permanentemente levantadas son un recordatorio de lo feliz que es. Y eso, el recuerdo de su felicidad, ocupa ahora la mayor parte de su cerebro.

En su nuevo hogar no tiene por qué conservar imágenes inútiles de un pasado que hace tiempo se le escurrió entre los dedos. Además, si algo distingue al hombre de otros animales no es la facultad de la memoria. Siempre olvidó pronto. Yo tampoco recuerdo quién dijo eso.

Tal vez, en otro tiempo, le sirvió al hombre guardar su historia en la cabeza, cuando sabía ver y decir el bosque desde la profundidad del bosque mismo. No ahora que las palabras se asfixian en el cartón antes de llegar a encontrar significados probables que las hagan reconocerse. No ahora que el mundo tiene cuatro paredes lisas, color café oscuro, un piso sin fisuras, una cama, una me-



sita, una pintura, un espejo, la fotografía de un lago y un hueco en el techo, a unos cien metros de altura, por donde caen de vez en cuando papeles con algo escrito a mano: generalmente, palabras. La felicidad y la vida escritas en la servilleta con la que alguien se refriega los labios después de beber café.

Y el espejo es para que el hombre se asome a él y, al verse la sonrisa, se diga que es feliz. Porque, para serlo, no necesita sino repetirse a la cara, todos los días, lo feliz que es.

El estómago fue de los últimos órganos que perdió. Todo porque, ahí dentro, la sal de las lágrimas se le fue haciendo piedra, pegándose a las carnes y dejándolas inservibles. Aquella bola amorfa aumentó tanto que se vino abajo por el peso. Y así se le fue secando y cayendo todo lo que no usaba.

Y quedó el espacio del mundo libre para los hombres nuevos, como éste de la sonrisa pegada al rostro, como éste que no necesita limarle los cuernos al hambre y cuya casa prescinde de una sala de estar; porque el hombre sin hambre y sin estómago ha nacido también sin la condena eterna de salir a buscar sustento. No necesita un sillón para sentarse a pensar su vida. Le han extirpado de las manos el trabajo duro. Está curado.

Pero una ausencia no deja nunca de ser eso: algo que falta. Y el hombre se ha dado cuenta de sus huecos. Se lleva las manos al cuerpo y palpa la superficie cóncava que debió haber albergado dolores como el del hambre. Hay un vacío a mitad del cerebro, otro a la altura del pecho y varios más en el torso.

Cuando recién los descubrió, sintió que extrañaba las cosas desconocidas que éstos habían guardado en un

tiempo ahora inaccesible para él, pero se resignó luego de percatarse de que podía andar, ver y sentir sin problema. Cualquiera hubiera pensado que caminaría hoy con mayor libertad y con un cuerpo más liviano. Pero ni lo primero, porque más tarda en asir su imagen frente al espejo que en cruzar de un extremo a otro del cuarto; ni lo segundo, porque una mancha oscura y grotescamente pesada le habita los agujeros.

Y a la mancha también le duele la impotencia de no ser materia suficiente para llenar los lugares donde una vez hubo vida. Siempre me impresionó la fuerza del hombre, que con sus vacíos ha venido al mundo y, sin embargo, avanza.

Hoy se acerca de nuevo a la pintura. Se detiene y observa. Hay en sus ojos un dejo de nostalgia. Un bosque ocupa la tercera parte de la pared del frente. Entre los árboles espesos se filtran tenues hilillos de plata; la luz de una luna que él no ha visto nunca. Y un camino largo cuyo fin no alcanza a imaginarse porque el marco de madera lo corta de tajo. Quizá la senda continúa detrás del cuadro. El mundo esperando para existir, cuando unos ojos lo vean. Pero hace ya tiempo el hombre no busca qué ver.

En la pared opuesta hay una fotografía colgada. Dos hileras de montañas inmensas yacen detrás de un lago sin ondas. La superficie, estática, es la del agua que todavía no alberga vida en sus profundidades. El lago de un tiempo que el hombre no ha ocupado aún o de un mundo lejano que, acaso, exista en la mente que imagina todos los mundos.

El hombre pasa horas viendo la imagen. A veces, durante sus jornadas de contemplación, ha sentido un escozor brotarle de muy dentro, del lugar donde originalmente estarían las entrañas. Pero como no las tiene, le sale desde el



huevo un dolor sustituto del hambre. En el fondo, eso que siente es tan sólo el hambre que ha mutado. Es bien sabido que el hombre evoluciona y sus necesidades lo persiguen en cada etapa del proceso, transformándose con él y cambiando sólo de nombre.

Aquella molestia lo desconcierta y, entonces, sin dejar de sonreír, descuelga la fotografía y la coloca boca abajo sobre la mesita. Le encantan el lago inmóvil y la pintura del bosque, mas no se apaga el deseo de alcanzar con todos los sentidos la vida de aquello que, hasta entonces, sólo le ha entrado por los ojos. Imaginarse algo fuera de los muros color cartón está fuera de sus posibilidades todavía, pero el deseo sí lo intuye porque, poco a poco, el cuerpo se le va llenando de él.

Entonces, alza el rostro y, perdiendo su mirada en el huevo, pide una señal que tranquilice sus dudas. Al principio, no ve nada. Después, un punto blanco comienza a filtrarse en su campo de visión y se hace más grande conforme desciende. Cuando al fin cae cerca de sus pies, puede leer en él un mensaje: *es malo desear lo que uno no tiene*. Y piensa que es cierto y recapacita. «Además», dice, «si no está aquí, es porque no lo necesito. Porque todo lo que necesito está aquí».

Qué malo es desear lo que no tiene, sobre todo cuando, seguramente, se trata de una de esas imágenes que se le aparecen cuando cierra los ojos. A veces desearía quedarse así, porque su cuarto se vuelve una mancha oscura que luego se abre en figuras infinitas, en las cuales reconoce la belleza de lo imposible y lo diferente. Algo que se le fuga por el huevo de la cabeza y va a parar a ese lugar en lo alto, de donde también caen palabras que no puede poseer o significar.

En varias ocasiones ha intentado traerlas desde allá, pero esas son cosas que pertenecen al mundo de los ojos cerrados. Y recordar implica un gran esfuerzo en ese sitio de aire reciclado y de ideas que saben a papel.

En su mente, lee de nuevo la frase: *es malo desear lo que uno no tiene*. El hombre se arrepiente de sus pensamientos. Del hueco de la cabeza o el pecho –no intuye aún de dónde provienen las imágenes– le había brotado también la idea de dibujar los espacios vacíos de sus paredes para completar, a su antojo, la realidad que lo cerca, pero ahora está convencido de que no hace falta agregar nada más. Si se necesitara algo, habría un lápiz en su casa. Y no lo hay.

Y el hombre no descubre, todavía, que con las uñas puede dibujar surcos de sangre. Pero eso sería ir en contra del trazo primero, ése que el hombre es libre de transitar desde donde le plazca pero que conduce a las cuatro esquinas donde las paredes se aprietan hasta el punto de la asfixia.

Hoy todavía se mira al espejo y se pregunta si es feliz; le satisface la sonrisa inerte que lleva puesta. Y para qué quiere más, se dice el hombre, cuando por el hueco inalcanzable del techo llueven palabras hermosas para poner en las paredes. Palabras como felicidad y vida, que sólo de verlas se sienten. Y qué otra cosa basta para vivir, más que decir felicidad adentro de la caja. Porque adentro tiene el hombre dicho el mundo y no le falta nada.



Primera edición 2018

El cuidado de la edición estuvo a cargo del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

